

# chile: la contrarrevolución en la revolución\*

MANUEL VILLA AGUILERA

Un ejemplo típico de mentalidad burocrático-militar es toda variante de la leyenda de la "puñalada en la espalda", que interpreta un estallido revolucionario solamente como una seria interferencia en su propia estrategia elegantemente planeada. La ocupación exclusiva de la burocracia militar es la acción militar; si ésta se ejecuta de acuerdo con un plan, entonces todo el resto de la vida está también en orden. Esta mentalidad es una reminiscencia del dicho burlesco acerca de aquel especialista de la medicina al que se atribuye: "La operación ha sido un éxito, aunque, desgraciadamente, el enfermo ha dejado de existir."

K. Mannheim.

Es bien sabido que la permanencia de un sistema democrático como el que caracterizó la vida política chilena no debe sólo su existencia al nivel de cultura del pueblo y al nivel de madurez de sus clases dominantes. Más aún, los hechos recientes han mostrado cómo éstas, frente a la radical posibilidad de perder su hegemonía, no vacilaron en romper el ejemplar sistema democrático chileno. La observación de este hecho indica con claridad que un sistema político guarda una estrecha asociación con los intereses de las clases domi-

nantes, y que su vigencia está relacionada con los intereses específicos de éstas.

Ante este hecho, es lógico preguntarse por las razones que explican la larga permanencia del sistema democrático en Chile. Asimismo, qué tipo de interés movía a los sectores dominantes para haberse mantenido alejados del golpismo sólo hasta el límite en que su existencia estaba en riesgo definitivo, más aún, cuando la clase obrera durante largos años ha mostrado un alto grado de organización y combatividad por la defensa de sus derechos no sólo gremiales sino de clase.

Desde luego que la permanencia del sistema electoral sólo puede ser entendida cabalmente a través del análisis complejo de las diversas relaciones de clase, el nivel de organización política, etcétera. Pero lo que aquí interesa destacar es el interés concreto que la burguesía chilena tuvo en la permanencia del sistema democrático y las razones que lo hicieron posible aún

\* Este artículo se elaboró gracias a la colaboración y apoyo de los investigadores del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Expresa el compromiso intelectual del Centro y sus investigadores, así como su solidaridad con la lucha del pueblo chileno. Sin embargo, la responsabilidad del análisis corresponde al autor. Colaboraron especialmente Marta Cecilia Gil Villegas y Samuel León.

frente al alto grado de organización de los sectores populares. Asimismo, se intenta sugerir algunas primeras líneas de explicación que contribuyan a mostrar la medida en que el sistema democrático fue un instrumento eficaz para la sobrevivencia de la propia clase dominante. Especialmente se señalarán algunos indicios que permiten suponer que la división entre partido nacional y democracia cristiana no revelaba una escisión entre fracciones de la burguesía que pudiera, por ese hecho, poner en crisis su capacidad hegemónica. De tal manera que, en este análisis, se buscará destacar, sobre todo, el eje de dicha relación prescindiendo del estudio de otros aspectos que desde luego contribuyen a una explicación más cabal del fenómeno, como fue, desde luego, el papel que jugaron los partidos obreros en el mantenimiento y evolución del proceso, aspecto también esencial pero que merecería un tratamiento especial.

Para entender la relación de interés específico que guardó la burguesía chilena con el sistema político, es necesario empezar por establecer una clara diferencia entre los dos niveles de la dominación: el económico y el político. De esta manera es posible percibir las diferencias que se observan en las actitudes, comportamientos, valores, de la propia clase dominante y los proyectos de sus representaciones políticas: el partido nacional y la democracia cristiana.

La estructura de la dominación en Chile ha presentado durante este siglo, y en especial a partir de la década de los veinte, algunas peculiaridades que merecen ser señaladas, con el fin de entender el modo en que se vino configurando el sistema político chileno. Asimismo, otra distinción central se establece entre la burguesía, como clase que ejerce de manera directa, el control de la producción y sus representantes políticos. Niveles que desde luego guardan relación estrecha, pero que a la vez, de no ser distinguidos, pueden conducir a una apreciación esquemática de los sucesos.

Respecto de la historia y conformación de la burguesía chilena, es conveniente destacar algunos rasgos que permitan despejar algunas visiones que entorpecen la comprensión del proceso golpista, los que, por lo demás, son de especial importancia para la experiencia política acerca del comportamiento de las clases dominantes en América Latina.

A diferencia de lo que podría sugerir la observación de algunas coyunturas del proceso político chileno, especialmente desde la llegada al gobierno de la

democracia cristiana, la burguesía chilena no presenta serias diferenciaciones en su interior que pudieran indicar la conformación de fracciones en conflicto dentro de la propia clase dominante, las cuales pudieran haber competido por la orientación en sentidos diversos del proceso capitalista en dicho país. Es cierto, sin duda, que al nivel del juego de partidos, las dos grandes representaciones de la política burguesa, el partido nacional (derecha tradicional) y la democracia cristiana (reformismo desarrollista), presentaron diferencias serias y radicales en algunos aspectos. Sin embargo, no parece posible deducir de este hecho que tal diferenciación se reproducía al interior de la propia clase dominante.

La información disponible permite pensar que, por ejemplo, la permanencia de sectores oligárquicos ligados a la propiedad agraria no es un hecho indicativo de un posible conflicto entre dichos sectores frente a una burguesía más modernizante interesada en llevar adelante la reforma agraria. De igual manera, los matizados pronunciamientos nacionalistas de algunos sectores, principalmente agentes políticos, no son tampoco reveladores de un claro corte entre una fracción de la burguesía dispuesta a llevar a cabo un programa de reivindicaciones con respecto al capital imperialista, frente a otro sector totalmente indiferente a la penetración. En último caso, tales diferencias sólo revelaban la existencia de diversas formas de relación con el capital externo,<sup>1</sup> sin que esto constituyera una base definitiva para producir un fraccionamiento de la burguesía.

En síntesis, todo parece indicar que las diferencias observadas únicamente se debían a la existencia de dos proyectos que se planteaban al nivel de la competencia partidaria, pero la verdadera faz de la burguesía, sus compromisos y proyectos, distaban mucho de corresponder a este tipo de diferenciaciones. Se trataba, en suma, de la disputa entre partido nacional y democracia cristiana.

Una breve referencia a los planteamientos básicos de estos dos partidos, permitirá apreciar las diferencias ideológicas que los separaban. Es interesante comparar los primeros párrafos de los programas de gobierno propuestos por la democracia cristiana y el partido nacional, en los que llama la atención el hecho de que el problema del Estado sea la referencia inme-

<sup>1</sup> Véase Faletto E. y Ruiz E. "Conflicto Político y Estructura Social", en Varios. *Chile hoy*, México, Siglo XXI Editores, 1970, especialmente pp. 226 y ss.

diata. A tres años de plazo la información que se cita muestra las diferencias y señala las motivaciones ocultas de lo que ahora es un desenlace bien preciso. En la presentación comparativa, que hizo el número de septiembre de 1970, del semanario chileno *Ercilla*, se leía respecto al programa de Radomiro Tomic:

Al (*sic*) sistema institucional chileno atraviesa por un agudo proceso de crisis. Su origen puede encontrarse en la incapacidad del sistema para responder, por la readaptación de sus mecanismos, a las nuevas exigencias del desarrollo económico, social y político del país.

La superación de esta crisis hace indispensable la redefinición del papel del Estado y la implantación de una nueva institucionalidad. En ella, el respeto a la norma jurídica no puede ser el pretexto para traicionar o retardar las aspiraciones del pueblo. Muy por el contrario, debe ser la condición para que estas aspiraciones puedan expresarse y realizarse en un proceso de cambio social acelerado.

De la formulación anterior fluyen las características del nuevo Estado. Éste será transformador, democrático y moderno.

La redefinición del papel del Estado exige que éste se convierta en el órgano transformador por excelencia, que dirija, guíe y estimule el proceso de cambio económico y social.

Por su parte el partido nacional y su candidato, Jorge Alessandri, señalaban en el párrafo introductorio de su programa presentado por la revista citada:

La próxima elección presidencial no será una elección más. Chile se juega en ella su propio destino como nación soberana y libre.

El país vive un estado de desintegración moral, política, social y económica. Todos los principios y valores se han relajado. La violencia adquiere cada día mayor vigor y la delincuencia tiene atemorizada a las poblaciones. Nada se respeta: ni personas, ni instituciones.

La inflación desatada y la cesantía golpean los hogares más modestos. La demagogia y la politiquería, que socavan toda la actividad nacional, son el origen de esta descomposición. La historia nos demuestra que los pueblos, en los momentos difíciles, buscan al hombre fuerte, al conductor que con gran ascendiente moral sepa guiarlos y unirlos en torno a una causa de salvación nacional.

Alessandri: Es el hombre fuerte y justo que requiere el país en esta hora difícil —cuya postulación brotó del corazón mismo del pueblo— y quien, con una inmensa autoridad moral, ha solicitado el concurso de todos los chilenos, sin distinción, para una gran causa de integración nacional y de autén-

tica participación popular. En su próximo gobierno no habrá sectores excluidos.<sup>2</sup>

En los párrafos citados se observa la clara coincidencia de ambos partidos en la necesidad de reorganizar el papel del Estado, así como de fortalecer el poder del Ejecutivo. Sin embargo, esta coincidencia oculta objetivos totalmente opuestos. Mientras la DC buscaba provocar un mayor fortalecimiento del aparato estatal para lograr así un control preponderante y definitivo del Estado sobre el modelo de crecimiento, otras son las intenciones del partido nacional. Para éste, se trataba de un control que cercenaría la vida política de la nación y muy concretamente, incidir y liquidar toda oposición al estado de cosas mantenido por la burguesía. Se trataba, en síntesis, de un proyecto de capitalismo de Estado, con organización corporativa de las clases sociales, que pudiera apuntar a un mayor dinamismo del sistema frente a un proyecto plenamente autoritario que garantizara el control económico, sin más límite, para la empresa privada.

¿Cuál es entonces el carácter de la burguesía chilena? Se trata de una clase altamente homogénea, uniforme y consolidada que, de acuerdo a los vaivenes del proceso político, ha jugado con diversas alternativas ideológicas y programáticas, que si bien pudieron plantear algunas tensiones internas nunca llegaron a poner en peligro su férrea unidad interna.

Brevemente, la burguesía chilena puede caracterizarse como una clase de origen agrario oligárquico que gracias al impulso del sector externo de la economía chilena fue paulatinamente extendiéndose hacia el control del sector urbano industrial. Asimismo, dicha burguesía se fue organizando bajo una estructura monopólica, sujeta a una dinámica que no iba más allá de la inercia del crecimiento, pero altamente dependiente de estímulos externos. De esta forma se configuró como una clase que al ir creciendo, siempre por estímulos externos y esporádicos, se revelaba como profundamente conservadora tanto en el plano económico como en el político. Hecho que, como ya se ha sugerido, se ocultaba bajo los proyectos de sus representaciones políticas que parecían revelar la existencia de una burguesía tradicional, conservadora, frente a otra interesada en el desarrollo del país. Es decir, se presentaba

<sup>2</sup> "Informe Económico Presidencial 70. Los programas", revista *Ercilla*, Santiago de Chile, Ed. Zig Zag., S. A., agosto 26-septiembre 1º de 1970, pp. III y VIII.

el aparente conflicto entre un empresariado vegetativo frente a otro de carácter más emprendedor.<sup>3</sup>

En otros términos, una cosa es que el origen de la clase se localice en el sector agrario y que, asimismo, muchos aspectos de dicho origen se mantengan, expresados en uno de los partidos representativos de sus intereses (el partido nacional) y, otra bien distinta, que la permanencia del sector agrario constituya una base de diferenciación y conflicto interno. En todo caso lo que ocurrió es que dicha clase supo mantener el control del sector agrario como un punto político de apoyo a partir del cual fue evolucionando sin desprenderse de una base firme: el control de la mano de obra agrícola por medios tradicionales, así como el control del mercado interno, por lo menos en importante medida, en tanto monopolizaba el control de la producción del sector.

El otro hecho distintivo de la burguesía chilena es su alto grado de monopolización. Efectivamente, pese al tamaño limitado de su planta industrial, comparada con la de otros países latinoamericanos, ello no impidió que se constituyera un alto nivel de concentración.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Diversos estudios han mostrado con claridad este hecho. Así, por ejemplo, Halperin Donghi señala que: "... los rubros más importantes de la exportación chilena, vinculados a la minería, se hallan, en cuanto a producción y comercialización, en manos predominantemente extranjeras; los sectores terratenientes tradicionales no permanecen, sin embargo, ajenos a los cambios en la organización económica. La producción agrícola-ganadera (ganado, cereales, vino), encuentra su desemboque en el mercado nacional donde se ubica a precios más altos que los internacionales; está tradicionalmente defendida por barreras proteccionistas que la disminución de la capacidad para importar consolida; la industrialización y el crecimiento demográfico que se da a un ritmo casi explosivo le ofrecen un mercado a cuyo crecimiento se adapta mal; la consecuencia es un aumento constante de precios de productos primarios." Tulio Halperin Donghi. *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 395.

<sup>4</sup> "Si nosotros tomamos la economía chilena por sectores —y vamos a centrar el análisis fundamentalmente en el sector industrial— nos encontramos con el siguiente resultado: del total de sociedades anónimas industriales del país, con 144 empresas, se puede controlar más del 50% de los activos en la industria chilena. Podemos, a la vez, controlar todos y cada uno de los sectores de tres dígitos, lo que significa un grado de segregación bastante alto. Sin embargo, a pesar de eso, nos encontramos con el hecho de que 144 empresas controlan más del 50% de los activos en todos y cada uno de los sectores de la industria manufacturera chilena. Este fenómeno, que se repite en la minería, en el comercio, en el transporte, en los servicios y en la banca, es algo que parece digno de ser analizado en sus proyecciones." Garretón, O. C. "Concentración Monopólica en Chile: Participación del Estado y de los Trabajadores en la Gestión Económica", en *Cuadernos*

Finalmente, una tercera característica, entre las más importantes, es el patrón de desarrollo que caracterizó a dicha clase. Como se indicó, su dinamismo siempre lo obtuvo del exterior, su avance del control del sector agrario al industrial fue en términos generales un efecto de coyunturas externas que, canalizadas a través del Estado, le permitían monopolizar los efectos favorables del mercado internacional para los productos chilenos de exportación y, en consecuencia, entrar en un ciclo de expansión. Ciclo en el que ciertamente se incorporaban nuevos elementos, pero que de ninguna manera llegaron a constituir fuerzas al interior de la clase que pudieran poner en tensión o en jaque el patrón de expansión que se ha descrito.<sup>5</sup>

*de la realidad nacional*, núm. 7, Santiago, CEREN, marzo 1971, pp. 143-144.

Asimismo, otro estudio ha mostrado el grado de concentración y de control por una sola empresa, por ejemplo: "En bebidas el 42.3%, en tabacos el 92.3%, en muebles el 37.2%, en papel el 86.2%, en caucho el 78.3%, en petróleo el 93.3%, en metales básicos el 47.5%." Víctor Brodersohn. *Consideraciones sobre el carácter dependiente de la burguesía industrial chilena*, CESO (Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile), p. 10, 1969. Citado por Faletto y Ruiz, *op. cit.*, pp. 2-29.

<sup>5</sup> "En todo lo dicho anteriormente, ni siquiera hemos planteado si resulta posible que el sector monopólico aumente sus tasas de crecimiento dentro del cuadro actual de economía chilena. El monopolio es evidentemente un sector que tiene 'techo' en sus posibilidades de desarrollo. En los comienzos de la estrategia de sustitución de importaciones, los períodos dinámicos, los ciclos dinámicos de cada uno de los productos eran relativamente largos. Eran los productos de consumo primario, productos alimenticios, de calzado, de vestuario, de textil, etcétera. Sin embargo, a medida que el proceso de sustitución se vuelve más complejo, el ciclo dinámico, que tiene una determinada línea de sustitución, es más reducido. Por ejemplo, el ciclo dinámico que tiene la industria electrónica será probablemente más estrecho que el que tenga la línea textil, a través del tiempo. Las nuevas tecnologías, que significan mayores volúmenes para el mercado, proporcionan un techo 'rápido' para la acumulación dentro de esos sectores. Eso conduce a un proceso de sustitución con ciertas limitaciones, y, por lo tanto, con un desarrollo marcado por limitaciones en su dinamismo.

"Otro punto que interesa destacar es el problema de la dependencia del capital extranjero. Hemos visto anteriormente que el capital extranjero extendía su dominio prácticamente a todos los sectores y ámbitos de la actividad económica nacional, y, aún más, señalamos que dentro del sector monopólico la influencia del capital extranjero es todavía mayor. Esto significa que el papel desempeñado por el capital extranjero en nuestra actividad económica nacional es de una enorme importancia. Controlar el sector monopólico significa, en realidad, controlar el funcionamiento de la economía chilena." Garretón, O. *Op. cit.*, p. 156. Véase también O. Sunkel. "Cambios Estructurales, Estrategias de Desarrollo y Planificación en Chile (1938-1969)" en *Cuadernos de la realidad nacional*, núm. 4, Santiago, CEREN, junio 1970. En este tra-

En esta medida, es posible suponer que de hecho la burguesía chilena no ha enfrentado serias tensiones en su interior que propiciaran la conformación de coyunturas susceptibles de ser aprovechadas por los sectores populares, o bien, que permitieran la evolución de aquélla en un sentido menos conservador y más dinámico. En estas condiciones, el tipo de conflictos que ha vivido siempre han surgido fuera de la burguesía, como presiones generadas por la insuficiencia del crecimiento en el nivel económico, así como presiones provocadas por la diferenciación social generada por el ciclo de desarrollo basado en una coyuntura externa de duración limitada, que más que aliviar tensiones fue paulatinamente acumulándolas. Sin embargo, en contrapartida a su limitada capacidad de desarrollo y a diferencia de otras burguesías nativas latinoamericanas, por razones que se destacarán, desarrolló una especial solidez política que le permitió utilizar el sistema democrático como medio de supervivencia.<sup>6</sup>

Por otra parte, y en referencia al nivel de los partidos políticos que representaban el interés de la burguesía, es claro que se manifestaba un corte y diferenciación que generaba la apariencia de dislocamiento y conflicto al interior de la clase, pero que al parecer sólo se mantenía al nivel del juego político. Ciertamente, el conflicto y la diferencia entre proyectos de la DC (democracia cristiana) y el PN (partido nacional) no parecían, como se indicó, reproducirse al nivel de clase.

¿Qué ocurría entonces con los partidos? ¿Qué explica sus diferencias y su final identificación? Aunque ciertamente se podía indicar que esta identificación es un hecho lógico en la medida en que la burguesía se ve amenazada, momento en el que cierra filas y olvida sus diferencias, este hecho, por sí solo, no constituye una explicación suficiente a la luz de las observaciones previas.

Para entender esta diferenciación se hace necesario recuperar algunas de las líneas principales que han caracterizado el proceso de crecimiento de Chile, en especial a partir de los años veinte. Ello, aunque en sus líneas más gruesas permite tal vez entender la di-

bajo se observa con claridad la forma en que la economía chilena se dinamizó y el modo como absorbió tal dinamismo durante el período estudiado.

<sup>6</sup> Véase Pinto, A. "Desarrollo Económico y Relaciones Sociales", en Varios. *Chile hoy, op. cit.*, especialmente pp. 5-25.

ferenciación observada al nivel político, y prácticamente inexistente en el económico.

La oligarquía chilena, grupo original de la burguesía, logró, gracias a las peculiares condiciones de disponibilidad de recursos naturales, a más de otros factores de orden histórico que sería inoportuno citar, colocarse en una posición estratégica, la que le permitió subsistir contando con una base sólida, coherente y permanente de poder. En efecto, a partir de los años veinte, en que se verifica un proceso de ampliación de las exportaciones minerales, Chile obtiene una entrada de recursos que, con diversos vaivenes, se constituye en una fuente permanente de abastecimiento para el aparato estatal. De esta forma, las presiones sociales y la actividad económica alentada por el Estado van a gravitar sobre dicho potencial. Como la explotación de recursos minerales requiere de altas inversiones y de un complicado manejo tecnológico, la opción asumida, por lo demás generalizada en América Latina, consistió en dejar la explotación de esos recursos al capital externo.

Bajo este esquema, planteado en sus rasgos más gruesos, la oligarquía chilena propietaria, sobre todo, de los grandes fundos del sur, podrá encontrar acomodo permanente y una forma de usufructuar el crecimiento sin abandonar su asiento original. Efectivamente, el modelo permite que la captación básica de recursos se logre a través del dinamismo del sector minero exportador gracias a lo cual el Estado estará en capacidad de orientar recursos al crecimiento. La economía chilena podría haber configurado un modelo dinámico si a su vez se hubiera logrado dinamizar el sector agrario. Teóricamente, era de esperarse entre otras alternativas, la de que el Estado actuara sobre la propiedad territorial a fin de dinamizar el sector agrícola al ritmo del sector urbano industrial, generando las condiciones de crecimiento. Sin embargo, esto no ocurrió así, y, por el contrario, el sector agrario, con algunos cambios, permaneció bajo el control de la oligarquía y aún más fue extendiéndose al ámbito más amplio de la inversión industrial.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> "El hecho económico es la incapacidad creciente de la agricultura chilena para responder a los requerimientos del país, incapacidad que se ha manifestado de manera cada vez más significativa a partir de los años 40. Haciendo un poco de memoria, Chile tuvo, a fines de la década del 30, un superávit de productos agropecuarios en su comercio exterior; exportaba alrededor de 30 a 40 millones de dólares anuales por ese rubro e importaba alrededor de 20 a 25 millones de dólares. Sin embargo, el lento crecimiento de la agricultura frente al crecimiento de la población, del ingreso y de las

¿Qué posibilitó esta supervivencia de la oligarquía, así como su ampliación y modernización? En el análisis de este hecho parecen residir, en buena medida, algunos de los elementos que permiten explicar los acontecimientos actuales y el marco de su desarrollo.

Cuando se observa que, aparte de factores ideológicos y políticos del momento, el Estado giró sobre la base de recursos del exterior, es fácil también apreciar que se configuraban las condiciones de su independencia respecto de la oligarquía. Tal independencia se planteaba al nivel de las relaciones económicas, pero a su vez, el Estado quedaría controlado al nivel de las relaciones políticas. Efectivamente, la observación del proceso histórico y de los datos disponibles permiten proponer tal explicación. Frente a la falta de instrumentos económicos de control sobre el Estado, se recurrió al control político. Es decir, la oligarquía conformó una base de control político que le permitiera negociar, cuando no presionar directamente, al aparato estatal, y en los casos-límite enfrentar las presiones sociales tanto de grupos reformistas como de los sectores populares.

En este contexto y en apariencia paradójicamente, parece posible suponer que fue la propia oligarquía la más interesada en mantener el sistema de juego de partidos y a su vez la libertad de acción del Parlamento. Es decir, si bien por sí misma no podía ejercer el control directo del aparato estatal, tanto por su incapacidad para enfrentar las presiones de los sectores populares dinamizando el crecimiento, como por su incapacidad para controlar económicamente el aparato estatal, sí le era posible mantener el control mediante la acción parlamentaria. En estos términos se configuró una base de control permanente: la votación campesina en el ámbito de sus propiedades geográficas a la que paulatinamente se fueron incorpo-

necesidades, trastocó esta situación, hasta que el estancamiento agrícola, desde el punto de vista económico, se convirtió en un peso negativo muy importante en la balanza de pagos. En los últimos años, seguimos exportando los mismos 30 o 40 millones de dólares: cifra que significaba, hasta hace pocos años, entre la tercera y cuarta parte del presupuesto total de divisas del país. Así, las ventajas que Chile había ganado con su proceso de industrialización, sustituyendo importaciones, las estaba indudablemente perdiendo por el estancamiento del sector agrícola. Tenemos así este hecho económico, el progresivo deterioro de la agricultura frente a las necesidades del país, que también ayudó a plasmar la posibilidad política para la Reforma Agraria." Chonchol, J. "Poder y Reforma Agraria en la Experiencia Chilena", en *Cuadernos de la realidad nacional*, núm. 4, Santiago, CEREN, junio de 1970, p. 56.

rando votos del sector urbano que iban siendo captados por el PN y la DC. En síntesis, la oligarquía originalmente, y ya en una etapa posterior el conjunto de la burguesía, mantenía un control sutil y permanente a través del Parlamento cuando no les resultaba posible el control del ejecutivo. Así, el control del mercado interno se mantenía directamente, y el político indirectamente, todo mediante un juego electoral que oscurecía el carácter conservador de la propia burguesía bajo un sistema político ejemplar en América Latina.<sup>8</sup>

Bajo estas líneas generales se conformó un modelo de desarrollo de la burguesía que podría sintetizarse en los siguientes rasgos: a) el impulso al crecimiento económico provenía del aparato del Estado, el cual canalizaba recursos originados a partir de las exportaciones, de los préstamos externos y de la inversión externa en el área urbanoindustrial que se acentuó en los últimos veinte años; b) cada fase de crecimiento —ligada siempre a periodos de bonanza en el mercado externo para la producción mineral chilena, así como el complemento de los préstamos externos— provocaba un incremento en la demanda de bienes agrarios que, al no ser satisfecha, paralizaba el crecimiento y generaba procesos inflacionarios. Ello propiciaba la acumulación de capital en manos de la oligarquía que podía aprovechar la dinámica de crecimiento ampliándose hacia las áreas de inversión urbanoindustrial; c) al generarse presiones sociales, ya que el dinamismo del ciclo se cerraba relativamente pronto, era lógico que aparecieran tensiones que evidenciaban la necesidad de

<sup>8</sup> Un ejemplo de este hecho puede observarse en el siguiente comentario: "... mientras se tramitaba la Ley de Reforma Agraria, sucedían fenómenos importantes que hay que tener en cuenta. La Ley en cuestión no estaba sola en el Parlamento; se discutían además muchas otras cosas, verbi-gracia: La Ley de Chilenización del Cobre. Enfrentando al gobierno con un Parlamento en que carecía de mayoría, al menos en el Senado, la oligarquía poseía una fuerte arma de negociación con la discusión de la Ley del Cobre para limar los puntos de la Ley de Reforma Agraria que le parecían más nocivos para sus intereses. Nótese que la Ley de Chilenización del Cobre no tenía el apoyo de los partidos del FRAP y así, para ser aprobada, en muchos aspectos necesitaba del apoyo de los pocos parlamentarios de derecha que había en el Senado. De este modo fueron mellándose muchos artículos de la Ley de Reforma Agraria. Con motivo de otras coyunturas legislativas la derecha usó de todas sus capacidades de presión a este respecto para suavizar la Ley." Chonchol, J., *op. cit.*, p. 71. En esta breve anotación se revela cómo la capacidad de control del Parlamento constituía una base fundamental para el control del ejecutivo, pero sobre todo para mantener el estado de cosas que beneficiaba a la propia burguesía.

reforma en el sector agrario. En este punto, el potencial de la oligarquía, la que bajo este mecanismo se configuraba políticamente, cada vez más, como burguesía urbano industrial, se expresaba políticamente en el Parlamento deteniendo cualquier intento que afectara la estructura de control agrario; *d*) en el proceso es obvio que, sectores de procedencia económicosocial intermedia se sumaban al conjunto de la burguesía, es decir, ésta se ensanchaba tanto por la expansión del sector originario como por la incorporación de nuevos agentes que aprovechaban el ciclo generado bajo el impulso estatal; *e*) asimismo, el aparato estatal se expandía, ya que ampliaba su base económica y de administración dando cabida a nuevos sectores que se sumaban al contingente de capas medias y, en especial, al sector tecnoburocrático.

Como puede apreciarse, tras de esta breve síntesis, la burguesía asentada en el control político de la oligarquía original, contaba con una sólida base para su expansión, siempre dentro de límites estrechos, y a su vez daba cabida a nuevos y reducidos contingentes sociales. Es evidente que un modelo de esta naturaleza propiciaba y acumulaba tensiones que fueron perfilando formas específicas de protesta de acuerdo a las diversas expectativas y situaciones de clase. De una parte los sectores medios encontraban límites a sus pretensiones de movilidad, tanto en lo que toca a su posibilidad de incorporación a la burguesía como por lo que respecta a su participación, con carácter permanente, al aparato estatal.

Es conveniente aclarar que la referencia a los sectores medios tiene una connotación precisa. No se trata de referirse a las capas de pequeña y mediana burguesía, cuya existencia estaba asegurada bajo el modelo, aunque su expansión era bien limitada. Pequeños propietarios con capacidad estrecha de contratación de mano de obra o profesionistas liberales encontraban posibilidades estables o relativamente estables de permanencia. Esto debido a que, si bien la estructura monopolística del control económico era un hecho, su dinamismo relativo no llegaba a límites que pusieran en peligro su existencia. Es decir, siempre quedaba la posibilidad de permanecer como surtidores aislados de un mercado restringido, pero permanente, tanto de consumidores individuales como de empresas monopolísticas que utilizaban su producción o sus servicios.

Es posible suponer que si el proceso monopolístico hubiera tenido mayor dinamismo, el comportamiento de la pequeña y mediana burguesía hubiera sido otro.

Es decir, se hubieran visto asediados por el peligro efectivo de la proletarización y tal vez se hubiera planteado la posibilidad de alianza con las capas populares. Pero en los términos del proceso es posible suponer que su existencia se veía asociada a los ritmos cíclicos y limitados del crecimiento de la burguesía monopolística. En consecuencia, tal vez este hecho (desde luego aunado a factores ideológicos bien concretos) contribuya a explicar la solidaridad de la pequeña y mediana burguesías con la burguesía contra el gobierno popular, y su papel de frente sólido de sabotaje durante los tres años de gobierno del presidente Allende.

En consecuencia, respecto de los sectores medios se busca indicar y hacer referencia a quienes constituían grupos cuyo destino se ubicaba en el ámbito del aparato económico-administrativo del Estado, o bien en una ampliación de las actividades administrativas privadas.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Es notable, según varios analistas de la política chilena lo demuestran, cómo el aparato estatal y en especial las agencias llamadas de "administración del desarrollo" se desarrollaron durante aquellos regímenes en que los partidos dirigidos por sectores tecnoburocráticos aliados a los sectores populares, tenían acceso al control del ejecutivo. Una ilustración de esto se observa al comparar la política seguida por el régimen de J. Alessandri (partido nacional) frente al de E. Frei (democracia cristiana). En el artículo citado de O. Sunkel se puede advertir cómo el régimen de Alessandri se decidió a impulsar, sólo bajo medidas de emergencia, este tipo de agencias. Por el contrario, durante el régimen de Frei, el propio Sunkel indica: "En efecto, el programa del nuevo gobierno incluía los siguientes objetivos principales: reforma agraria, expansión de las exportaciones de cobre, fuerte expansión de los servicios sociales (principalmente vivienda y educación), desarrollo industrial y, por sobre todo, control de la inflación. En consecuencia, y con el fin de llevar a cabo su política de reforma agraria, se fortalecieron considerablemente dos instituciones: la Corporación de Reforma Agraria (CORA) y el Instituto de Desarrollo Agrícola (INDAP). Con el fin de dar impulso vigoroso al programa habitacional del gobierno —que ya se hallaba en marcha en el sector privado— se creó el Ministerio de la Vivienda y varias corporaciones complementarias de la ya existente Corporación de la Vivienda (CORVI), como la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), la Corporación de Servicios Habitacionales (CORHABIT), etcétera. En el área de la minería del cobre se organizaron la Corporación del Cobre y las Sociedades Mixtas. CORFO creó nuevas subsidiarias o comisiones especiales (Comisión Automotriz, Comisión Electrónica, etcétera), con el fin de impulsar el desarrollo industrial en determinadas ramas; y el Ministerio de Educación fue reorganizado, concediéndosele fuertes recursos adicionales. La política de estabilización se puso enteramente en manos de los ministros de Hacienda y de Economía y del Banco Central, en tanto que un Comité Económico informal —en el que tomaban parte algunos ministros, así como representantes de varias entidades públicas— actuaba como agencia coordinadora de la política de corto plazo." Sunkel, O., *op. cit.*, p. 47.

Así, entre el PN y la DC se presentan importantes diferencias que no está por demás destacar. El PN, resultado de la fusión de los partidos liberal y conservador, representaba directamente las formas de pensamiento tradicional de la burguesía, es decir, las formas oligárquicas, así como el interés inmediato de dicha clase. Mientras que la DC estaría proponiendo un proyecto para la conformación de una burguesía desarrollista y un modelo capitalista con participación estatal elaborado por un grupo tecnoburocrático en ascenso, y apoyado en algunos sectores populares. Ambos representan el interés de la burguesía.

Cada partido establece formas específicas de relación con las clases. La DC busca la alianza con los sectores populares, reinterpreta su pensamiento, sus problemas y los traduce a las formas posibles de solución en el contexto de los intereses de la burguesía, propiciando así la reforma. Como la burguesía no se va a convencer de cambiar por el simple hecho de que un grupo partidario se lo demuestre lógicamente y teóricamente, la alianza con los sectores populares sirve como instrumento de presión real para lograr el convencimiento. Las características mismas de la clase dominante, los cauces del desarrollo, etcétera, permitirán o impedirán tal sensibilidad. En el caso de la DC los hechos hablan por sí mismos.

Respecto a las bases de apoyo de clase a la democracia cristiana, queda una cuestión por señalar; es claro que era un partido dirigido por un grupo de interés tecnoburocrático, aliado a sectores populares. El problema es, sin embargo, aclarar su relación con la burguesía chilena. Se trataba de un partido carente del apoyo conjunto de la burguesía nativa, pero contaba con el apoyo aislado de sectores de ésta, los que no constituían una fracción autónoma. No obstante, deben distinguirse por lo menos dos niveles: *a*) es evidente que ciertos sectores modernizados de la burguesía nativa prestaban su apoyo, pero en tanto grupo y no en tanto fracción de ésta; *b*) el segundo nivel se ubica en el ámbito de las relaciones con el imperialismo. El capital externo es la expresión de una clase, la burguesía internacionalizada, y ésta tiene la opción de jugar diversas alternativas al interior de un país, según la relación de fuerzas internas. En estos términos, el apoyo dado por fuentes norteamericanas a la DC expresa este hecho. De una parte, el imperialismo mantiene una base sólida de control en términos del modelo tradicional de relación con la oligarquía y el conjunto de la burguesía; en este modelo se mantiene

el eje de relaciones tradicionales bajo una pauta de crecimiento como la que ha caracterizado a Chile. Por otra parte, si el juego de presiones sociales y el ritmo de desarrollo rebasan los límites del esquema tradicional con presiones al cambio —nacionalizaciones, ampliación del mercado interno, etcétera—, se puede plantear una redefinición de la relación con el imperialismo en términos, por ejemplo, de un capitalismo de Estado —proyecto DC— y una nueva modalidad de relaciones con el capital imperialista.

En síntesis, para el imperialismo son viables las dos opciones: una, la efectiva, existente, heredada del viejo modelo. Otra, la posible, debida al juego de presiones sociales, pero tolerable para el imperialismo, como vía de escape a dicha presión social dando paso a un modelo redefinido, pero en el que se mantiene la hegemonía económica del capital imperialista. Así, es posible suponer que el imperialismo jugaba, al dar su apoyo de clase a la DC, una alternativa frente a la tradicional que se venía cuestionando desde tiempo atrás, apoyo que tal vez contó tanto o más que el que pudieran dar los sectores internos de la burguesía nativa a la DC.

Por su parte, y como se indicó, el partido nacional expresaba de manera directa, de arriba hacia abajo, el pensamiento de la burguesía. Esto es tan claro que, por ejemplo, sus cuadros políticos son en buena proporción miembros de la propia burguesía. Ninguno más representativo que el caso de Jorge Alessandri. Este partido establece una relación con la burguesía, no de representación y mediación con los sectores populares, sino de dominio y control directo, expresa así el carácter oligárquico de la burguesía. No busca recoger demandas populares ni hacer avanzar el proceso de crecimiento, sino imponer directamente los intereses inmediatos de la burguesía al conjunto de la nación, haciendo caso omiso de las tensiones sociales y de la evolución histórica. Su comportamiento evoca las formas de control de la antigua hacienda en la segunda mitad del siglo XIX, donde el control se ejercía directamente por el patrón, quien sancionaba a sus trabajadores sin reconocer derecho alguno, muy especialmente por el peso de los sectores terratenientes dentro del propio partido nacional.

De esta forma la diferencia entre ambos partidos se muestra en los siguientes términos: una burguesía monopólica, cerrada y carente de dinamismo autónomo, que se expresa a través del partido nacional, al cual, en el nivel del conflicto social, el desarrollo de



la lucha de clases le impedía manejar al país como si fuera una hacienda en que imponía por la fuerza su voluntad. Esta coyuntura hace posible la aparición de un partido que, si bien no expresa su voluntad, establece o busca establecer un nexo entre sectores populares y burguesía, buscando la redefinición de ésta. Sin embargo, su incapacidad y el avance de la lucha popular rebasan a la DC, a la que no le queda más que plegarse a alguna de las clases en contienda.<sup>10</sup> Este hecho lo habrá de percibir Tomic con toda claridad al señalar que “cuando se gana con la derecha, la derecha gana”.

En este contexto se abre la posibilidad de la intervención armada y se devela el marco de apariencias; si bien la DC fue el agente básico y visible de la oposición a la UP, los hechos revelaron su carácter de marioneta, ya que al final se impuso la línea del partido nacional, que en el fondo no era otra que el pensamiento de la propia burguesía. Así, agigantado hasta el embrutecimiento, el ejército no actúa en forma autónoma, sino como instrumento directo de la burguesía, y el control matizado que se ejercía a través del PN es sustituido por el directo, a través del ejército. El PN nada pierde, deja sus puestos momentáneos en la acción política para volver a los permanentes de la actividad empresarial, conservadora y tradicional. Independientemente de que utilice mecanismos y técnicas modernas de organización al nivel de la empresa y se asocie al proceso industrial, ello no significa su redefinición ya que, primero, el dinamismo y la modernización le viene del exterior, de una coyuntura que se le dio y que no conquistó y, segundo, porque su situación social y política en relación con el proletariado la vive en el marco de la vieja forma paternal, propia del terrateniente, de sus viejos y anacrónicos esquemas, fortalecido por su situación estructural.

Por su parte los sectores populares y, en especial, aquellos ligados al proceso industrial y de extracción mineral, fueron desarrollando permanentemente su capacidad de lucha y de reivindicación económica, que se vio políticamente orientada en el marco de los partidos socialista y comunista, todo por razones que han sido estudiadas en otros trabajos y que por ahora no es del caso citar. Sin embargo, lo que destaca de este

<sup>10</sup> Es importante señalar, como un ejemplo, que durante el régimen de E. Frei (1964-1970), el gobierno democristiano planteaba un programa de política económica con énfasis en la aplicación de una reforma agraria en el marco de la burguesía. Véase Halperin, *op. cit.*, pp. 499 y ss.

hecho es la permanente tendencia a la alianza entre los sectores medios y los sectores populares, en especial los urbano industriales. De esta alianza el grupo marginado era el campesinado, permanentemente aislado, hasta que la alianza de los sectores medios con sectores populares expresada en la democracia cristiana, intentó incorporarles de manera más radical, lo que ocurrió en medida limitada.<sup>11</sup>

Es importante aclarar que de la votación total, la votación campesina constituía una proporción relativamente baja, hecho que se explica por dos motivos: a) la distribución de la población en Chile, que manifiesta un claro predominio del sector urbano; b) las restricciones que la ley imponía para la participación electoral y que implicaban la ausencia del derecho a voto para los analfabetas, hasta 1970 formalmente y de manera efectiva hasta las elecciones de 1973; como entre los campesinos se observan los mayores índices de analfabetismo, este hecho reducía aún más la proporción de votos provenientes de ese sector.

Como se puede observar, es posible suponer una estructura de control que guardaban diversos niveles sobre el sector agrario. De una parte, la simple mar-

<sup>11</sup> Un ejemplo de algunos de los mecanismos de control de los diversos estratos de intereses que les daban forma se aprecia en la siguiente observación: “Así, por los requerimientos financieros para vivir o para sembrar o para cultivar, los campesinos se han visto forzados a operar sobre la base de un crédito que yo caracterizaría como no institucional, ni público ni privado. El típico crédito de confianza personal, dado por todo el sistema comercial establecido en las ciudades o en los pequeños pueblos. Dicho tipo de crédito ha significado, en el fondo, una forma de explotación del campesinado frecuentemente mucho peor que aquella emanada de la carencia de tierra o del abuso del mal patrón. Por este crédito, se estaba automáticamente ligado, con una esclavitud comercial, a quien daba crédito. Muchas veces éste ni siquiera cobraba interés, no pedía garantía —era un crédito de confianza—, pero controlado por una persona o poder dominante de la comunidad local. Como contrapartida de su crédito, el acreedor exigía que se le vendiera la producción agropecuaria del deudor en las condiciones que él, antojadizamente fijaba. No es, pues, de extrañar que el precio que pagaba por esa producción fuera la mitad o menos del valor real que tenía la producción en ese mercado, o sea, lo que aparentemente concedía por el crédito, lo recuperaba con creces por la vía de la comercialización. En términos campesinos esta operación es lo que se llama la “compra en verde” o “compra de hierba”, característica de muchas agriculturas subdesarrolladas y que constituye una velada, pero no por eso menos efectiva, forma de explotación. Por ejemplo, en las agriculturas asiáticas, donde realmente no hay una gran concentración de la tierra —por la consecuente presión de población sobre la tierra— éste ha sido el sistema a través del cual ha sido explotado tradicionalmente el campesinado: el sistema de financiamiento crediticio.” Chonchol, J., *op. cit.*, p. 64.

ginación con respecto al proceso electoral de una buena proporción de trabajadores agrarios. Por otra parte, una amplia capa de habitantes de las zonas predominantemente agrícolas —no necesariamente campesinos pobres— que estaban bajo control indirecto de la oligarquía terrateniente. Finalmente, las organizaciones de propietarios que controlaban el conjunto del sector agrario.<sup>12</sup>

En consecuencia, no se trata de suponer una relación directa y causal entre control del voto agrario por parte de los sectores oligárquicos y un predominio de éstos en el Parlamento. Lo que se trata de sugerir es que mediante diversos mecanismos —incluido el voto agrario— era posible mantener una base firme de control político para la burguesía, lo que a su vez le permitía entrar en el juego de partidos con una parcela de poder garantizada; es decir, el juego electoral se centraba fundamentalmente en la competencia por los votos del sector urbano industrial, lo que daba una ventaja inicial al conjunto de la burguesía.

En síntesis, el modelo de conflicto político manifestaba periodos de incremento en su actividad, concentración de los beneficios del ciclo de crecimiento por parte de una burguesía estructurada monopolícamente y, como contrapartida, acumulación de tensiones expresadas en unos casos en alianzas de sectores medios y sectores populares y, en otros, mediante partidos clasistas.

De todo lo reseñado interesa destacar algunos puntos que ayudan a revelar con mayor precisión el carácter y la forma de la lucha de clases. Al parecer la

<sup>12</sup> “¿Quiénes representaban la agricultura? Obviamente las sociedades agrícolas: la Sociedad Nacional de Agricultura, las Sociedades Agrícolas del Sur, la Sociedad Agrícola del Norte, el Consorcio de Sociedades Agrícolas del Sur, etcétera. A poco que se examinen estas sociedades se descubre, sin embargo, sin mayor problema a quiénes representan. Exclusivamente el pequeño grupo de los grandes propietarios. No ha habido en ellas inquilinos, medieros, pequeños propietarios, etcétera. Han sido típicas organizaciones de clase, de unidad de los sectores dominantes dentro de la agricultura y de representación de sus intereses. Sin embargo, eran y son considerados por todos los gobiernos como los genuinos representantes de la agricultura nacional. Así, si se trataba de discutir con el sector agrícola cuestiones de trabajo, las políticas de precios, las políticas crediticias, las políticas de importación y exportación, ¿con quiénes se discutía? Con estos grupos que asumían, de hecho, la representación de la agricultura. Eran los únicos organizados, puesto que la gran masa campesina carecía de cualquier tipo de organización: ni gremial ni profesional”, *Ibidem.*, p. 65.

Debe hacerse notar aquí la precisa liga que existe entre estas asociaciones y el PN, al grado que, en muchos casos, fueron senadores por el PN dirigentes de estas asociaciones.

diferenciación social y las presiones generadas en los periodos de crecimiento tendieron a generar fuerzas sociales que presionaban hacia el cambio pero que, por el carácter de las alianzas, la debilidad relativa de los sectores populares y el control agrario de la oligarquía, tendían a resolverse en situaciones de estancamiento tanto político como económico. Así, a periodos de ascenso de la lucha de clases correspondía una respuesta en términos de la derecha más tradicional, pero guardando los límites del conflicto en el ámbito institucional, donde no faltaron, por cierto, periodos de cruda y violenta represión sobre los sectores populares, como en los casos de Gonzáles Videla e Ibáñez.

De lo dicho, interesa sacar una primera conclusión: la existencia del juego institucional, la permanencia del sistema democrático, la ejemplaridad del sistema partidario chileno escondía un elemento profundamente conservador, esudaba una forma de permanencia, un potencial político específico que permitía a la burguesía chilena mantener un control disfrazado. Le permitía mantener un juego político que compensaba su escaso dinamismo económico y los conflictos que ello le provocaba con una fortaleza política limitada, pero eficiente.

En síntesis: la burguesía asentada en el firme control generado por un grupo original “la oligarquía terrateniente”, frente a la presencia política de los sectores populares —muy especialmente la clase obrera— y de los sectores medios organizados en diversas alianzas, se veía condicionada a mantenerse dentro de las reglas del juego electoral. Sin embargo, como se ha venido insistiendo, contaba con la opción de dos representaciones políticas sobre la base de un apoyo estable que garantizaba la defensa de sus intereses.

Así, desde el punto de vista político e ideológico, sacaba provecho de su situación: aparecía como una burguesía ejemplarmente democrática en el contexto del cuadro político latinoamericano. Asimismo, la doble representación política ocultaba su profundo carácter conservador, su falta de dinamismo interno, su papel altamente distorsionador del desarrollo aun en el marco del capitalismo dependiente. Su responsabilidad, en las reiteradas dislocaciones del proceso económico chileno —un ejemplo muy claro es el problema de la inflación— se diluía en la medida en que todos los dislocamientos se explicaban al nivel de la acción gubernamental y, en el límite, como responsabilidad de los partidos políticos.

Así, al plantearse la vía al cambio socialista a través del sistema electoral demoburgués se agudizaron las contradicciones del sistema. Contradicciones desde luego conocidas en lo teórico, pero que expresan la peculiaridad de las relaciones de clase en el caso chileno. Primero, el avance popular se daba en el terreno propio de la dominación burguesa, no en el sentido formal que es evidente suponer, sino en el concreto debido a la existencia de una masa votante que permitió prescindir de la fuerza militar durante un largo tiempo, por lo menos el necesario para generar las condiciones del golpe militar. Segundo, la misma organización política de la burguesía abría un doble frente: uno de apariencia democratizante y capaz de llevar a cabo cierto control de sectores urbanoindustriales y otro más tradicional, basado en el control de sectores agrarios. Esto último vulneraba notablemente la posibilidad de alianza con los sectores urbanos y en especial con los industriales.

En este contexto, el golpe militar aparece delineado en dos niveles: primero, el proceso de apoyo clasista con una importante base social, que crea prácticamente una situación de equilibrio inestable en el nivel de conflicto clasista, en la medida que éste se mantenía al interior del sistema electoral, lo que permitió el avance de la conspiración y la puesta en marcha de los mecanismos de subversión ya conocidos; segundo, la aparición del ejército, no como institución aislada con dinámica propia, sino como claro instrumento de clase una vez deterioradas las bases que podían entorpecer su aparición en la escena política.

Ahora bien, una última cuestión por revisar alude al punto siguiente: en este contexto, ¿cuáles fueron los límites precisos que impidieron a la burguesía chilena esperar el próximo periodo electoral? Esta cuestión es interesante de analizar porque revela el carácter profundo del golpe en sus aspectos concretos, y muestra tanto el talón de Aquiles de la burguesía chilena como de su sistema político.

Ciertamente, en el contexto señalado parecía posible continuar con una estrategia de sabotaje permanente que no rompiera el marco institucional, en lo cual estaba especialmente interesada la democracia cristiana, y aun sus sectores más conservadores, y de hecho fascistas, quienes sabían, aunque no lo reconocían, los peligros que encerraba el golpe para su propia supervivencia.

Es claro que son muchos los factores que a diversos niveles explican el golpe militar, especialmente por lo

que toca a la organización de la ofensiva contrarrevolucionaria. Asimismo, todavía quedan muchos temas pendientes de analizar en lo relativo a la estrategia seguida por la UP. Sin embargo, resulta difícil entrar por ahora a la discusión de todos estos aspectos que necesariamente tendrán que ser esclarecidos. Desde la perspectiva que se ha seguido en este estudio, lo que se busca destacar son los motivos que llevaron a las clases dominantes a abandonar el sistema representativo, desde luego en lo que se refiere a la historia concreta de la dominación burguesa en Chile. En consecuencia, se busca mostrar aquel aspecto específico de las relaciones de poder y, en especial, del avance de la UP, que indican el grado en que el poder político de la burguesía fue definitivamente puesto en peligro.

El creciente avance y fortalecimiento de la UP y en especial un aspecto concreto perfilado al nivel de las relaciones entre las clases populares, manifiesta el grado en que, no sólo la base económica sino también la política de la burguesía empezaba a ser minada. Evidentemente, el talón de Aquiles de la burguesía estaba siendo vulnerado. Así, la última elección manifiesta un avance de la UP en donde el contenido de fondo del poder de clase se ocultaba en las cifras. Efectivamente, el incremento de votación de la UP al 43.4% no indica un avance electoral únicamente, indica la primera manifestación de alianza e incorporación al movimiento popular de los sectores agrarios.

Esta suposición se basa no sólo en el análisis de comportamiento electoral sino en una posibilidad abierta por el propio juego institucional. Al término del gobierno de Frei se promulgó el derecho al voto para los analfabetas, antes excluidos del proceso electoral; pero el Parlamento tuvo cuidado en señalar que dicha ley entraría en vigor sólo después de la elección presidencial de 1970, es decir, contó hasta la elección de 1973. Sin considerar por ahora otros factores, el hecho es que la plataforma de votantes se amplió y esto, aunado a los avances de la unidad popular, contó en su favor.

Este hecho guarda una significación que rebasa las meras consideraciones del juego electoral. En este punto el sistema democrático, el ejemplar sistema institucional chileno, perdía sentido para la burguesía; lo que estaba en cuestión no era ya exclusivamente su interés económico, sino también su base de control y dominación, su base de apoyo político que le permitía mantener el sistema electoral. Es decir, las bases

de la dominación comenzaban a resquebrajarse y la vía electoral mostraba su profunda contradicción: útil durante años a la dominación burguesa aparecía como un obstáculo a su permanencia. La batalla electoral de 1976 empezaba a perder sentido y se anunciaba la posibilidad de la derrota.

Hasta aquí no se ha señalado en detalle el papel que desde luego jugaron en ello los sectores populares. Esta decisión no obedece a un desconocimiento del hecho indudable de que todo proceso político se explica sólo por el juego de tensiones sociales mantenido por las distintas clases, sino a razones de fondo. El golpe militar que derrocó a Salvador Allende no es, como todos lo saben, un hecho aislado; se inscribe, por una parte, clara y precisamente en el contexto de redefinición de las relaciones del imperialismo con América Latina y, por otra, en el de la crisis de los sistemas políticos tradicionales. Muestra claramente el carácter concreto de la dominación burguesa en la región. En

efecto, ahí donde la burguesía logró su mayor desarrollo político se manifiestan con mayor claridad sus contradicciones y sus contenidos ideológicos. Este fenómeno político rebasa el mero marco nacional chileno para constituirse en una fuente básica de experiencia para el movimiento revolucionario latinoamericano. En este contexto se ha buscado contribuir precisamente a mostrar las contradicciones y limitaciones de los sistemas políticos demoliberales en América Latina.

En síntesis, se han querido mostrar algunos de los rasgos que pudieran contribuir a explicar el brusco viraje de un sistema democrático mantenido por la burguesía hacia una situación excepcionalmente represiva. Queda claro que muchos aspectos han quedado fuera. Como se indicó, el acento se ha colocado en los factores que no sólo a nivel formal sino en un nivel concreto pudieran contribuir a entender las causas que cerraban el ciclo de la democracia chilena.